

la abundancia. Se paga, me lo han pagado todo, mirad cómo me luce el pelo.

Con efecto, el anciano conserje vestía librea flamante, y por debajo de su túnica de botones plateados surgía majestuosa su prominente tripa. Ni por esas. M. Joyeuse no se había dejado tentar, ni siquiera cuando Passajon, abriendo desmesuradamente á flor de cabeza sus ojos azules, le hubo deslizado enfáticamente en el oído estas palabras preñadas de promesas:

—Anda metido en el asunto el Nabab.

Aun con esto, M. Joyeuse había tenido el valor de decir no. ¿No valía más perecer de hambre, antes que meterse en una casa de engaños cuyos libros podía algún día ser llamado á revisar como perito ante los tribunales?

Prosiguió, pues, sus viajes; pero, caído el ánimo, ya no buscaba nada. Como tenía que estar fuera de su casa, se entretenía mirando los escaparates de los muelles, se pasaba las horas muertas de codos en los pretiles, contemplaba cómo el agua fluía y la descarga de los buques. Se había convertido en uno de esos husmeadores que figuran siempre en primera fila de los corrillos callejeros, que se guarecen de los chaparrones al abrigo de los pórticos, que se acercan para calentarse á las calderas al aire libre en que humea el alquitrán de los asfaltadores, que se dejan caer en un banco de bulevar cuando ya no pueden con sus piés.

No tener nada que hacer es el mejor medio de alargarse la vida.

Ciertos días, sin embargo, cuando M. Joyeuse estaba muy cansado, ó el tiempo muy amenazador, aguardaba al extremo de la calle á que las niñas hubiesen cerrado la ventana, y deshaciendo el camino, pegado á la pared, subía rápidamente la escalera, pasaba por delante de la puerta reteniendo el aliento, y se refugiaba en el taller del fotógrafo Andrés Maranne, quien, enterado de su infortunio, le dispensaba esa acogida compasiva que guardan el uno para el otro los desgraciados.

Los clientes andan escasos en los puntos extremos de la ciudad. M. Joyeuse se pasaba largas horas en el taller hablando cuán quedo podía, leyendo al lado de su amigo, ó bien escuchando el batir de la lluvia en los cristales, ó el viento

que rugía, como en alta mar, haciendo entrechocar las puertas viejas y el maderamen de abajo, del almacén de las demoliciones. Del piso inferior subían ruidos familiares y llenos de hechizo, canciones que celebraban la feliz conclusión de una labor, concertantes de risas, la lección de piano que daba la abuelita, el tic-tac del metrónomo, un delicioso zafarrancho que le regalaba el corazón. Vivía con sus adoradas sin que ni sospechar pudiesen ellas que le tuvieran tan cerca.

Una vez, en ocasión en que Maranne había salido, M. Joyeuse, que guardaba fielmente el taller y su flamante aparejo, oyó dos golpecitos en el techo del cuarto piso, dos golpecitos separados, bien distintos, y á seguido un corretear discreto que parecía el trote de un ratón. La intimidad del fotógrafo con sus vecinos autorizaba de sobras semejantes comunicaciones de prisioneros; pero ¿qué querían decir aquellos golpes? ¿Cómo responder á lo que parecía una seña? Á todo evento, repitió los dos golpes, el leve tamborileo, y la conversación no pasó de allí. Al regresar Andrés Maranne, supo por éste la clave de lo sucedido.

Nada más sencillo: algunas veces, durante el día, las muchachas, que no veían á su vecino más que por la noche, se informaban de sus asuntos y de cómo estaba de clientela. La seña que había oído significaba: «¿Van bien hoy los negocios?» Y por instinto, sin saberlo, M. Joyeuse había contestado: «No del todo mal, dada la estación.» Aun cuando el joven Maranne se puso como una grana al dar esa explicación, M. Joyeuse le creyó por su palabra. Pero la idea de comunicación frecuente entre las dos casas le hizo temer por el secreto de su situación, y desde entonces se abstuvo de lo que él denominaba «sus días artísticos.» Por otro lado, acercábase el momento en que no podría ya disimular más su miseria, vecino como estaba el fin de mes, agravado por un fin de año.

París comenzaba á tomar su aire de fiesta de las últimas semanas de diciembre. En punto á festividad nacional ó popular, ya casi no subsiste más que aquella. Las locuras del Carnaval murieron al tiempo que Gavarni; las fiestas religiosas, cuyos repiques, con el ruido de la calle, apenas se oyen, se refugian detrás de las macizas puertas de los templos; el quince de Agosto no ha pasado nunca de mera fiesta

mayor de los cuarteles; pero París ha respetado la tradición del Año nuevo.

Desde principios de diciembre se desparrama por la ciudad entera una inmensa chiquillada. Es un continuo ir y venir de carretones de mano llenos de tambores dorados, de caballos de madera, de juguetes de baratillo. En los barrios industriales, desde la buhardilla á la planta baja de las casas de cinco pisos, de los vetustos caserones de la ciudad vieja donde las tiendas ostentan techos tan elevados y dobles puertas llenas de majestad, se pasan las noches de claro en claro revolviendo montones de gasas, de flores y de talco, pegando etiquetas en las satinadas cajas, escogiendo, marcando, embalando; los mil detalles de la quincallería, ese inmenso comercio en el cual imprime París el sello de su elegancia. El aire está saturado de olor á madera nueva, á pintura fresca, á barniz reluciente, y por el polvo de las buhardillas, por las miserables escaleras en donde el pueblo deposita el aluvión de todos los lodos que ha atravesado, se arrastran virutas de palo-rosa, retazos de raso y de terciopelo, fragmentos de bricho, todo el desperdicio, en una palabra, del lujo empleado para deslumbramiento de los ojos infantiles. Después se arreglan los aparadores. Detrás de los cristales transparentes sube como oleada, centelleante á la luz del gas, los dorados de los libros de aguinaldo, las telas de colores variados y vistosos muestran sus pliegues envarados y quebradizos, mientras las oficialas de las tiendas, con el cabello empingorotado y una cinta en el cuello, procuran engatusar al comprador blandiendo coquetamente el índice, ó llenan cucuchos de papel de moaré en cuyo seno se precipitan los confites como lluvia de perlas.

Frente por frente á ese comercio comodón, de casa propia, al abrigo de la intemperie, atrincherado detrás de sus suntuosos escaparates, instálase la industria improvisada de esas barracas de tablones, abiertas al aire libre, y cuya doble hilera da á los bulevares el aspecto de una feria rural. Allí están el verdadero aliciente y la poesía del aguinaldo. Lujosos en el cuartel de la Magdalena, acomodados por la parte del bulevar San Dionisio, más plebeyos en los alrededores de la Bastilla, esos pequeños barracones se arreglan al diapason de su público respectivo, gradúan sus ganancias por lo más ó

menos embutido del portamonedas de los transeúntes. Entre ellos se acomodan mesas sueltas, atestadas de chucherías, milagros de la pequeña industria parisiense, hechas de nonadas, fútiles é insignificantes, y que, sin embargo, gracias sin duda á su misma ligereza, viene á veces la boga y se las lleva en su impetuosa ráfaga. Como complemento, á lo largo de las aceras, perdidas en la hilera de carruajes que pasan rozando su errante mercancía, las vendedoras de naranjas cierran ese comercio ambulante, apilando sus frutas de color de sol al reflejo de las linternas de papel encarnado, gritando «Á la de Valencia» por entre la niebla, el tumulto, la prisa excesiva con que París se lanza á poner fin al año viejo.

Regularmente M. Joyeuse formaba parte de esa masa atareada que pulula con ruido de dinero en el bolsillo y las manos cargadas de paquetes. Acompañado de la abuelita, corría en busca de aguinaldos para las niñas, se detenía frente á esos vendedores que, poco acostumbrados á la venta, se afectan á la vista del más mínimo cliente, y que han fundado en esta breve fase un sin fin de proyectos de beneficios extraordinarios. Y todo eran coloquios y reflexiones, un embarazo en la elección que no acababa nunca en aquel reducido cuanto complicado cerebro, ajeno siempre al minuto actual y á la ocupación del momento.

¡Ay! este año, nada de eso. M. Joyeuse vagaba melancólicamente por la alborozada ciudad con tanta mayor tristeza, con tanta mayor desocupación cuanta era la actividad que le rodeaba, empujado, aporreado, como todos los que obstruyen la circulación de los activos, con el corazón palpitante de perpetuo miedo porque hacía algunos días que la abuelita le dirigía en la mesa alusiones asaz transparentes y significativas sobre los aguinaldos. De ahí que evitase toda ocasión de quedar solo con ella, y que le hubiese prohibido que fuese á buscarle á la salida de la oficina. Mas á pesar de todos sus esfuerzos, acercábase el momento, claro lo veía, en que se haría imposible la reserva y público su duro secreto... Muy terrible había de ser la tal abuelita cuando tal miedo inspiraba á M. Joyeuse... No, Dios mío. Algo sería y nada más, con una deliciosa sonrisita que indultaba al minuto á todos los culpables. Pero M. Joyeuse era tímido, apocado por temperamento, y veinte años de convivencia con una esposa de

carácter mandón, «una persona de la nobleza», habían acabado por reducirle á irredimible esclavitud, como esos presidiarios que, después de extinguida su condena, quedan sujetos todavía á un período de vigilancia. Este período había de ser para él de toda la vida.

Una noche, la familia Joyeuse se encontraba reunida en el saloncito, última pavesa de sus buenos tiempos, que conservaba todavía dos sillones almohadillados, una buena partida de adornos de crochet, un piano, dos lámparas Cárcel con sus verdes caperuzas, y un veladorcito lleno de monadas.

La verdadera familia se encuentra entre los humildes.

Por economía no se encendía más que un solo fuego para toda la casa, y una sola lámpara, en torno de la cual se agrupaban todas las ocupaciones, todas las distracciones, grueso velón de familia cuya vetusta pantalla—escenas nocturnas tachonadas de agujeritos brillantes—había sido el asombro y el entretenimiento de las niñas en su primera edad. Surgiendo suavemente de la penumbra de la pieza, cuatro cabecitas juveniles, rubias ó morenas, sonrientes ó aplicadas, se modelaban á la luz de aquel destello íntimo y confortable que las iluminaba á la altura de los ojos, que parecía como si nutriese la llama de su mirada, la juventud luminosa transparente en sus virgíneas frentes, que parecía empollarlas, abrugarlas, guarecerlas del negro frío que venteaba en el exterior, de los fantasmas, de las asechanzas, de las miserias y terrores, de cuanto pasea de siniestro una noche de invierno parisiense por el fondo de un arrabal extraviado.

Encogida de esta suerte dentro de un pequeño aposento en lo alto de una casa deshabitada, en el calor, en la seguridad de su hogar bien arreglado y aseado á maravilla, la familia Joyeuse recuerda el nido colgado en la cima de un árbol corpulento. El tiempo vuela, leyendo, cosiendo, hablando. Una convulsión de la llama, un chisporroteo del fuego, he aquí cuanto se oye, con más alguna exclamación que suelta una que otra vez M. Joyeuse, un tanto alejado de su pequeño centro, perdido entre la sombra, en la cual esconde su frente angustiada y los desvarios de su imaginación. En este momento sueña con que esta noche, ó lo más tarde mañana, va á llover un inesperado socorro que le libre del inminente agobio de la miseria y de la necesidad absoluta de revelárselo

todo á sus niñas. Hemerlingue, acosado por el remordimiento, le manda, como á todos los que han trabajado en el negocio de Túnez, la gratificación de diciembre. Tráela un gran lacayo: «De parte del señor barón...» El soñador dice estas palabras en alta voz. Los lindos rostros se vuelven á una hacia él; risas, movimiento general y el infeliz despierta sobresaltado...

¡Ah! y cómo se echa en cara actualmente su tardanza en confesarlo todo, esa seguridad engañosa que ha mantenido á su alrededor y que va á ser preciso destruir de golpe. Ni quién le metía á criticar ese maldito empréstito tunecino! En aquellos momentos, hasta se acusa de no haber aceptado un empleo en la *Caja territorial*. ¿Tenía acaso el derecho de rehusar?... ¡Ah! pobre padre de familia, inepto para conservar y para defender el bienestar de los suyos... Y al contemplar el lindo grupo inscrito en el círculo de la pantalla, cuyo aspecto reposado de tal suerte contrasta con sus agitaciones interiores, siéntese presa de un remordimiento tan violento para su alma débil, que el secreto acude á sus labios, va á salir por entre un desbordamiento de sollozos, cuando un brusco campanillazo—esta vez no quimérico—les hace estremecer á todos y le detiene en el momento de hablar.

¿Quién podía ser á aquella hora? Desde el fallecimiento de la madre vivían retraídos, sin rozarse casi con nadie. Andrés Maranne, cuando bajaba á hacerles un rato de compañía, llamaba familiarmente como quien tenía la puerta abierta á todas horas. Silencio profundo en la sala, coloquio prolongado al través de la rejilla. Por fin la anciana sirvienta—había entrado en la casa, poco más, poco menos, con la lámpara—hizo entrar á un joven de todo punto desconocido, quien se detuvo encantado ante el adorable grupo de las cuatro muchachas apiñadas al rededor de la mesa. Este espectáculo hizo tanto efecto en él que quedó medio cortado. A pesar de ello se explicó muy bien acerca del motivo de su visita. Le había dirigido á M. Joyeuse para tomar lecciones de teneduría de libros un buen sujeto conocido suyo, el anciano Passajon. Uno de sus amigos se encontraba comprometido en importantes asuntos pecuniarios, una comandita considerable. Proponíase él prestarle un servicio, vigilando el empleo de los capitales y la integridad de las operaciones; pero se encon-

traba con que era abogado y que, por lo mismo, estaba poco al corriente de los sistemas financieros y del tecnicismo de la banca. Si M. Joyeuse pudiese, en unos cuantos meses, á tres á cuatro lecciones por semana...

—¡Oh! sí, sí, perfectamente, caballero... balbuceaba el pobre hombre aturdido por aquella ganga inesperada... Me comprometo en pocos meses á ponerlos al corriente de la materia... ¿Dónde queréis dar la lección?

—Aquí mismo, si me lo permitís, contestó el joven, porque no quiero de ningún modo que se sepa que trabajo... Lo que sentiré mucho será si, conforme ha sucedido esta noche, cada vez que venga pongo en fuga á todo el mundo.

En efecto, desde las primeras palabras del recién venido las cuatro cabecitas rizadas habían desaparecido cuchicheando entre sí y haciendo crujir sus faldas, y, vacío como estaba el gran círculo de luz blanca, la sala ofrecía un singular aspecto de soledad.

Siempre receloso cuando de sus niñas se trataba, M. Joyeuse contestó que «las niñas retiraban cada noche muy temprano»; cuyas palabras dijo en un tonillo tan seco que á la legua se veía que querían decir: «joven, hablemos de las lecciones si os place.» Convínose entonces en los días y en las horas libres de la velada.

En cuanto á las condiciones, las que el caballero quisiese.

El caballero indicó una cifra.

El ex-dependiente se ruborizó: era lo que ganaba en casa Hemerlingue.

—Oh no, es demasiado.

Pero el otro no le escuchaba; buscaba, enredábasele la lengua para algo difícil de decir, pero de pronto, resueltamente:

—Ahí tenéis el primer mes...

—Pero, caballero...

El joven insistió. Era un desconocido. Era justo que pagase por adelantado... Se conocía bien que Passajon le había puesto al corriente... M. Joyeuse lo comprendió, y dijo á media voz: «Gracias, ¡oh! gracias...» á tal punto conmovido, que no pudo decir más. Era la vida por durante algunos meses, el tiempo de orientarse, de encontrar un empleo. Sus pobrecillas no se encontrarían faltas de nada. Tendrían su aguinaldo de siempre. ¡Oh providencia!

—Hasta el miércoles, pues, señor Joyeuse.

—Hasta el miércoles... señor...

—De Géry... Pablo de Géry.

Y ambos se despidieron, encantados, deslumbrados, el uno por la aparición de aquel inesperado salvador, el otro por el hermoso cuadro que sólo había entrevisto, aquella juventud femenina agrupada al rededor de la mesa atestada de libros, de libretas y de madejas, con aire de pureza, de honradez laboriosa. Había allí para de Géry todo un París nuevo, animoso, de familia, totalmente distinto del que conociera hasta entonces; un París del cual no hablan nunca ni los folletinistas ni los gacetilleros, y que le traía á la memoria su provincia, con un refinamiento de más, el hechizo que al tranquilo refugio inédito prestan la brega, el tumulto que clama á su alrededor.

